

RELACIONES ENTRE LA ESCUELA PÍA Y LA RIOJA

POR

CLAUDIO VILÁ PALÁ

Introducción

Es mi intento dar a la publicidad unos datos, poco conocidos algunos, inéditos otros, en estas páginas de BERCEO para que puedan los amantes de las glorias riojanas conocer perfectamente las influencias que en todo tiempo su predilecta tierra ha ejercido sobre una Orden eminentemente española mediante algunas figuras egregias a lo largo de los siglos.

Para mayor claridad dividiré mi trabajo en tres partes. La primera estudiará la obra de un calagurritano que fué el gran alentador y el principal inspirador de la fundación de las Escuelas Pías a últimos del siglo XVI y principios del siguiente.

El «quintilianismo» de la Pedagogía Escolapia dará materia para una segunda parte. Por fin constataremos la vital penetración que en nuestros días existe entre la Rioja y la Escuela Pía.

Sin más preámbulos, entremos en el tema.

Fué un riojano el gran alentador y principal inspirador de la obra calasancia en las Escuelas Pías

Corría el año de 1595. José de Calasanz, sacerdote aragonés, de noble prosapia, había marchado a Roma para lograr, como tantos otros, alguna canongía de su gusto con que atender, vuelto a España, a su decorosa subsistencia. Mas los planes de Dios eran otros. Tras largo período de forcejeos e influencias palaciegas, cuando ya estaba casi a mano la anhe-

lada canongía, tiene lugar el incidente que había de ser la causa ocasional de la fundación de una nueva Orden Religiosa en la Iglesia de Dios.

El cuadro era corriente : una plaza, unos chicuelos harapientos, sucios de vestido y de lengua, puñetazos, palabrotas, insultos... Mas hoy se le presenta a Calasanz con una luz nueva, fascinadora. Intuye el por qué de tan triste espectáculo. Al instante siéntese deseoso de poner remedio, atajando la ignorancia infantil, causa de la perversión de tanto jovencuelo. Ora. Medita. ¿ Deberá ser Calasanz mismo el mentor de la infancia ?

Copiemos una página del P. Canata, venerable escolapio que interpretó como ninguno el pensamiento del Santo Fundador :

« Estaba resuelto el humilde Calasanz a poner manos a la obra, pero no más que a medias, porque creía que Dios le llamaba a promover, y no a fundar una institución de tanta importancia, la cual aún no existía en la república cristiana. Su primer paso fué presentarse a los maestros de Roma, recomendándoles e instándoles que admitiesen por caridad en su escuela a los niños pobres; y los maestros contestaban que aceptarían de buena gana un aumento de pensión, no un aumento de trabajo. Después acudió al municipio de Roma pidiendo recursos; y la respuesta fué que no había fondos destinados a este objeto, y que eran sobradas las atenciones que tenían que cubrir. Hizo proposiciones a los PP. Jesuitas fundándose en el voto que hacen de consagrar toda su vida a la mayor gloria de Dios; y le respondieron que tenían por ley inviolable no admitir en el Colegio Romano sino a jóvenes que hubiesen cursado la gramática. Se dirigió a los Dominicos, que son modelo de celo y caridad, y le dijeron que esta tarea no era propia de su Orden, ocupada siempre en la cátedra, púlpito y confesonario. Sin embargo, el Santo religioso que era párroco de la Minerva, al despedirse, alzó los ojos al cielo y exclamó : Señor, vos que penetráis el corazón de todos, manifestad quién es el escogido para llevar a cabo esta empresa ».

Sigamos copiando : « De allí pasó a consultar con don Santiago de Avila, varón de virtud tan probada y reconocida como su antigua nobleza, y con su ínfimo amigo y director espiritual el P. Juan de Jesús y María, gran lumbrera de la Reforma Teresiana, distinguido por su prudencia y altamente reputado dentro y fuera de Roma, por su ciencia y piedad ». Allí,

sigue diciendo el P. Canata, después de un maduro examen, de una ferviente oración y de una áspera disciplina convinieron todos en que era voluntad de Dios que Calasanz fuese el Padre y Apóstol de los pobres de Jesucristo ».

He ahí la primera influencia de un riojano, el carmelita P. Juan, en la obra calasancia. Digamos algo del mismo.

Calahorra, la « Calagurris Nasica » fué su patria. De ella recibió nuestro P. Juan su tenacidad, valor, hidalguía y espíritu batallador. Sus padres fueron el Dr. Diego de San Pedro, médico y Ana de Ustarroz, ambos naturales y vecinos de Calahorra. Su casa natal fué después convento de Franciscanos. Bautizado y quizás nacido el 27 enero 1564. Brillantes estudios en Salamanca, vocación religiosa, ingresó en la Descalsez Carmelitana en el mismo año de la muerte de Santa Teresa. En Pastrana emprendió su fervoroso noviciado, profesando en 1583, a los 19 de su edad. En Alcalá de Henares puso en práctica el proverbio teresiano : « Religioso y estudiante, religioso por delante ». Allí brilló como en Salamanca su clarísimo entendimiento y Nicolás Doria, entonces Provincial de la Reforma, prendado de sus cualidades lo envió a Génova al convento que él mismo acabara de fundar para introducir la Descalcez en Italia. Salió para ésta al finalizar el 1585, siendo el primero en llegar de los cuatro religiosos españoles allí destinados, uno de los cuales era el P. Domingo Ruzola de Jesús María. Tuvo muy escogido maestro de Teología. En 1590 era sacerdote. Al poco, como consultor en el Capítulo General de Cremona, con sus brillantísimas disertaciones públicas, hizo tan generalmente simpática a todos los Calzados la reforma Teresiana y en tanto grado, que logró que los Calzados vinieran en conceder sin grandes dificultades a los Descalzos « la separación y gobierno propio de manera que la reforma teresiana debió este beneficio en buena parte a la doctrina y virtud del P. Juan de Jesús y María », como dice su primer biógrafo.

Fué luego el primer Maestro de Novicios de la Descalsez en Génova.

Entre tanto llegaban en 1596 a Roma algunos Carmelitas Descalzos. « Como eran compatriotas, o más bien por la santidad de su vida, pronto trabó amistad con ellos S. José de Calasanz. Dado a todas las obras buenas, no economizó trabajo ni peticiones al Cardenal Colonna y a otros muchos Cardenales y Prelados para conseguirles la Iglesia de Santa María de la Escala, al otro lado del Tíber, propagándose pronto por Italia

àquella Santa Orden con la protección y solicitud de Calasanz, como lo proclamaban los mismos con reconocimiento » (1).

Así dejó escrito Timón David. En 1598 o sea dos años más tarde, llegaba a la Ciudad Eterna nuestro P. Juan, quien muy pronto fué escogido por Calasanz para su Confesor y Director espiritual. Grande era la fama de que gozaba; a él se encargó la redacción de las Constituciones de la Descalsez en Italia.

Al poco era nombrado Maestro de Novicios en la Escala.

El P. Juan de Jesús y María supo captar las ansias misioneras de Teresa Jesús y de Juan de la Cruz y se trocó en Italia en el más acérrimo defensor de las Misiones Carmelitano-Teresianas, imprimiendo con ello un sello característico a la Congregación de Italia. Famosísimo es en los anales del Carmelo reformado su *Tractatus quo asseruntur Misiones et Rationes adversae*. En 1604, en el primer Capítulo General de la Congregación de Italia, lograba el P. Juan que todos los Superiores hiciesen « voto de ir a cualquier Misión por la conversión de los herejes o infieles cuando la Obediencia se lo mandare » (2).

Digamos en su honor que fué Consultor de Pontífices y Cardenales y de los adalides de la famosísima controversia teológica *De gratia y De auxiliis*.

En el trienio de 1605 a 1608 era definidor general y desplegaba asombrosa actividad literaria. Entre otras obras compuso un opúsculo sobre la educación de la niñez, escrito a instancias de su ilustre amigo y penitente S. José de Calasanz, del que trataremos largamente.

En el período 1608-1611 actuaba de Procurador General de la Reforma Teresiana y trabajaba por la exaltación de Teresa de Avila. En el trienio siguiente ocupaba el más alto cargo de la Congregación siendo Preósito General de la misma, cargo desde el que irradiaba sus fulgores de sabiduría y virtud y desplegaba una maravillosa actividad por la propagación de la reforma y afianzamiento de la obra Misional carmelitana.

En este tiempo comprobó brillantemente una vez más sus dotes extraordinarias de teólogo profundo, escriturista sutil, gran asceta y místico sublime, aureoladas con las de historiador, orador, poeta y preceptista de las que son irrefragables testigos sus numerosas obras, de las cuales consignamos aquí las prin-

(1) Tomo 49.

(2) Cfr. P. Florencio. *El V. P. Fr. Juan de Jesús y María*.

cipales: *Instrucción de los Novicios, Instrucción del Maestro de Novicios, Constituciones, El Camino de la vida, Ejercicio para la buena muerte, Disciplina claustral, Ejercicio para conseguir la perfección regular, Prudentia justorum, Himnos y cánticos, Exposición sobre el Cantar de los Cantares, Interpretación de los mismos, Lamentaciones de Jeremías, Paráfrasis de Job, Escuela de Jesucristo, Escuela de oración y contemplación, El arte de vivir espiritualmente, El arte de amar a Dios, Epístola de Cristo al hombre, Compendio de nuestra Madre Santa Teresa, Historia de las Misiones Carmelitano-Teresianas, Retórica, Elegías, y por encima de todas su *Mystica Theologia*.*

A 28 de mayo 1615, Jueves de la Ascensión del Señor, entregaba su alma al Señor, dejando fama de santidad, atestiguada ciertamente por Dios con la incorrupción de su cadáver.

Este fué, a grandes rasgos, el V. P. Juan de Jesús y María, «El Calagurritano», como se le llama en la Orden del Carmelo para distinguirlo de los otros que llevaron igual nombre. Este fué el hombre providencial que Dios puso al lado de Calasanz para orientarlo y alentarle en la magna empresa de la fundación de la Orden Escolapia. Su consejo, según dejamos apuntado al transcribir el testimonio del P. Camata, fué decisivo, pues don Santiago de Avila, que allí nombramos, era simplemente un caballero de gran piedad de la Cofradía de los Apóstoles y miembro de la Doctrina Cristiana, que en calidad de tal acompañaba a Calasanz al Transtebere para desempeñar tan santo ejercicio y que desde aquel día fué el primer colaborador seglar de la obra calasancia.

No hay, pues, duda alguna: el soplo vivificador que puso en movimiento la frágil barquichuela calasancia fué precisamente palabra del Carmelita P. Juan de Jesús y María, «El Calagurritano».

Creerá quizás alguno que afirmamos demasiado. Sigamos el orden cronológico de los hechos y éstos nos darán, al fin, la razón.

Abrió Calasanz su escuelita en Santa Dorotea, pronto creció y tuvo que trasladarla a unas casas del campo de Fiori y de allí al palacio Vestri, para abandonarlo a los cuatro años, dado el gran contingente de alumnos, cuyo número rebasaba los 600, buscando el más amplio palacio de los Mannini (1605) (B. 286). En él tomó carácter y casi definitiva organización la creación genial del grupo escolar moderno.

El personal que ayudaba a Calasanz en su tarea docente era muy heterogéneo: el único vínculo del grupo era la fuerte personalidad de Calasanz, al que apellidaban su Prefecto. Su fama llenaba Roma. Eran ya 18 sus colaboradores que vivían en Comunidad con el Fundador. Todo sonreía y parecía marchar viento en popa a juzgar por las apariencias. Mas la realidad era muy otra. En efecto, «cartorce maestros, viendo que el Prefecto estaba falto de fuerza y de dinero, que el trabajo aumentaba cada día y que la mesa era tan pobre como siempre; una mañana, sin previo aviso, despachan por su cuenta a los muchachos, diciéndoles que se vuelvan a sus casas porque van a cerrarse las escuelas. Oye José en el patio el murmullo de los muchachos que iban a salir, se entera del caso, baja a toda prisa, manda otra vez los niños a la escuela, y con el acento que sólo inspira la fe y da al tono fuerza de mando arenga a los Maestros y vuelven por su mandato a la ingrata tarea de la escuela».

Obedecieron, es verdad; pero la carga era sobrehumana; las provisiones escaseaban al par que las deudas iban en aumento; así por dentro. Fuera rugían contra las nuevas escuelas los maestros « rionales » de Roma que, al ver vaciarse las propias, levantaban memoriales infames ante las autoridades civiles y eclesiásticas, haciendo llegar sus clamores hasta los oídos del Padre Santo, quien envió repetidas veces visitantes e inspectores de improviso a las Escuelas Pías.

En este momento crucial de la obra calasancia reaparece (1613) la silueta de V. P. Juan de Jesús y María, el inspirador de la misma. Dejemos que sea Timón David, francés, y por ende, memos sospechoso de parcialidad en el aspecto que analizamos, y por lo demás el mejor de los biógrafos del Santo fuera de la Orden, que nos informe sobre el particular: «Para hacer la visita y darle cuenta de todo, principalmente de lo que era objeto del memorial (el más calumnioso de los levantados contra las pías escuelas), había escogido el Papa dos eminentes personajes, el Cardenal Aldobrandini y el Cardenal Peretti, sobrino de Sixto V. Habiéndole visitado el V. P. Juan de Jesús y María, Carmelita descalzo, muy estimado del Pontífice, habló largo tiempo con Paulo V respecto de las Escuelas Pías. Las conocía perfectamente, y refutó con tanta claridad y lógica las calumnias del memorial, que el Papa, lleno de gozo, exclamó: «P. Juan, ¡qué peso tan grande nos quitáis de encima! ¡Nos habíán hablado tan mal de las Escuelas! Deseo que vayáis a

ellas todavía, y nos informéis de todo minuciosamente». Unióse, pues, a los dos Cadenales : la visita fué minuciosa, severa, profunda, y se vió, con toda evidencia, que no tenían el menor fundamento las calumnias. « Paulo V, satisfecho con la nueva relación del P. Juan de J. y M., añadió 200 escudos, a lo que ya tenía consignado para las Escuelas de Calasanz ».

Este testimonio es irrecusable y habla muy alto a favor de nuestra tesis. Mas no es esto todo. La obra de Calasanz no tenía mancha; pero el P. Juan reconoció que la zozobranante barquichuela estaba a punto de deshacerse. Por lo mismo dió a la estampa un librito de carácter pedagógico para alentar los ánimos decaídos y muy abatidos de los cooperadores de Calasanz en la obra de la enseñanza no atribuída de la niñez romana.

Digamos algo de este librito (sin duda desconocido de la mayoría de los lectores, por hallarse sin reimpresión en nuestro Archivo General de S. Pantaleo (Roma). Se titula *Liber de pia educatione sive cultura pueritiae, compendio scriptus, per R. P. F. Joannem a Jesu Maria, Carmelitam Descalceatum, Calagurritanum*», *Congregationis Sancti Eliae Praepositum Generalem*. El opúsculo vió la luz pública por medio de la imprenta romana de Mascardi en 1613. Va precedido de una dedicatoria al Card. Justiniani, a la sazón Protector de la institución de Calasanz. Sigue luego una advertencia al lector para insinuarle que la obrita que tiene ante los ojos (36 páginas), es un ramillete de consejos para los educadores a la vez que un memorial de las recompensas que les esperan. El «índex» (capitulorum) precede al cuerpo de la obra que está dividido en tres partes con el siguiente contenido :

Pars Prima : De fine educationis sive de cultura pueritiae.

Cap. I.—De prima instructione puerorum.

Me permito transcribirlo íntegro para que se vea la contextura de todo el libro, pues los restantes capítulos tienen igual extensión y la misma presentación concisa. Dice así :

« Principio navanda opera est ut pueri statim ac malum a bono secernere incipiunt, in Majestatem Divinam mentis oculos coliment. Ex hac quippe directione et velut sacrificio matutino, felix vitae totius pendet excursus. Instruendi ergo sunt pueri qua ratione Deus sit summa bonitas, et Sapientia, ut erga ipsum bene afficiantur; qua item ratione sit suprema majestas et justitia, ut ipsum colere ac timere discant. Praeceptio haec prima a magistris creberrime repetenda est ut quoddam pietatis velut sigillum alte pueris imprimatur.

- Cap. II.—De rudimentis fidei.
- Cap. III.—De tartareae poenae timore.
- Cap. IV.—De horrore peccati.
- Cap. V.—De Sacramentorum usu et estimatione.
- Cap. VI.—De societatis delectu.
- Cap. VII.—De ratione orandi.
- Cap. VIII.—De pia lectione.
- Cap. IX.—De immoderatis appetitionibus coercendis.
- Cap. X.—De cultu castitatis.
- Cap. XI.—De abstinentia ludorum et actuum similium.
- Cap. XII.—De cura discendi et otio vitando.
- Cap. XIII.—De catalogo exercitiorum spiritualium, quae pueros congruunt. (Aquí enumera los siguientes):

1) Ofrecimiento de obras a S. D. M. y a la Virgen María, «de la cual deberán ser devotísimos».

2) Oración mental durante un cuarto de hora por la mañana sobre lo^s novísimos y a veces sobre la pasión.

3) Presencia de Dios y actos de fe, esperanza, amor y contrición.

4) Diariamente lectura o plática espiritual.

5) Confesión semanal y comunión mensual.

6) Rosario diariamente.

7) Examen de conciencia antes de acostarse que podrá alargarse en oración mental como un cuarto de hora.

Cap. XIV.—De cultu modestiae.

Pars secunda: De consiliis quae a Prefecto et Magistris observari decet.

Consilium I.—Recorrer ordenadamente las escuelas. Trae a colación cap. V. de las Confesiones de San Agustín.

Consilium II.—Despido de niños especialmente inmorales

Consilium III.—Paciencia y caridad con los niños arrepentidos.

Consilium IV.—Academias públicas en que se ejerciten los niños para el debido cultivo de la memoria, ingenio y para estímulo.

Consilium V.—Moralidad de las lecturas clásicas.

Consilium VI.—Fomento de la piedad por todo los medios.

Consilium VII.—Pláticas por persona de fama y celo.

Consilium VIII.—Círculo de estudios sobre su actuación pedagógica.

Pars tertia: Exhortatio ad Magistros (de las Escuelas Pías).

1.—Se han agregado a la Obra con la mira puesta en lo sobrenatural. No se dejen abatir por miras terrenas.

2.—Consideren lo honorífico de la tarea de la enseñanza.

3.—No teman la pobreza. No piensen que también pueden hacer el bien enseñando y al propio tiempo ganando dinero para la vejez.

4.—Láncense en manos de la Providencia. No crean que es más tranquila y sin preocupaciones la vida de los que trabajan por interés.

5.—Entusiásmense en el cultivo de la parcela de la enseñanza. Es campo fecundo.

6.—Cooperen a la acción de la gracia en las almas de los niños inocentes.

7.—Quien en ello trabaje, no tema. Su tesoro está en los cielos, Dios no se dejará vencer en generosidad. A perseverar, pues; que a través de las dificultades de las escuelas se llegará a la palma del triunfo.

Esta, pues, es la obrita con que se enriqueció la entonces aun pobre literatura pedagógica. Sin duda la pluma del Calagurritano se deslizó fácil, no sólo gracias al recuerdo y contacto, sino a la inspiración de S. J de Calasanz.

Dice así en el prólogo dedicatorio: « Recibid este librito como un primer fruto de vuestros desvelos (se dirige al Card. Justiniani) por la infancia. Lo escribí hace unos años para resumir los temas principales de la buena educación y para complacer con ello al Prefecto de las Escuelas, P. José de Calasanz, varón dignísimo de toda la alabanza por la insigne perfección de su vida cristiana ».

El contenido pedagógico de las dos primeras partes nada presenta de novedad; el valor del mismo está sin duda, no en sus aplicaciones prácticas, sino en los principios que va engarzando muy enjundiosamente.

Pero es a la luz de la historia que esta obrita se llena de contenido y adquiere verdadera y muy grande importancia. Esta importancia estriba en los siete consejos que motivaron sin duda la publicación del opúsculo, largo tiempo antes concebido. Su aparición pública reclamaba la conyuntura a la que hacen referencia los consejos de la tercera parte, quizás entonces añadida, como habrá podido entrever el lector menos avisado. « Los maestros colaboradores de José se percataban, como comenta el más moderno biógrafo de Calasanz, de que la enseñanza gratuita no era negocio. Que gastar la flor de los años, desbastando rapazuelos pobres, sería muy de alabar, pero no les aseguraba una vejez tranquila y atendida. Aquella agrupación de maestros, voluntarios unos, asalariados otros, no ofrecía garantías de continuidad. Y llegado el momento de la disolución, ¿qué habrían ganado los abnegados maestros después de varios años de ardua labor? La insuficiencia económica, la rechifla de muchos y el abandono de todos. La fe sobrenatural no excluye la previsión natural. Y la humana prudencia no alentaba a la perseverancia.

Era, pues, la obrita del P. Juan la aportación previsoras y providencial para evitar se desplomara prematuramente el ruinoso edificio que empezaba a bambolearse. Este y no otro es el sentido de la misma y así ha sido interpretado unánimemente

por los biógrafos del Santo. Lo que nunca se había ponderado, cual cumple, es que fuera precisamente *un riojano* el que así salvaba de la ruina, una vez más, la obra del aragonés Calasanz.

Es más; el P. Juan a mi entender y a la luz de los hechos que preceden se siente, como vulgarmente se dice, «un padre de la criatura», y ven la naciente Escuela Pía una creación propia; por ello le veremos lanzarse a la búsqueda de colaboradores que ayuden a José de Calasanz en el desempeño de la labor docente. Y con él o por él el P. Domingo Ruzola orienta hacia las Escuelas Pías la relevante figura del noble Glicerio Landriani, abad de San Antonio de Plasencia, que con el esplendor de sus virtudes y lo rico de sus rentas podría ser baluarte seguro, al par que por su juventud, daba derecho a esperar la continuación de la obra a la muerte del Fundador. Landriani no andaba solo; con él se agregaron al Pío Instituto otros cuatro sacerdotes y un seglar.

Aún hizo más el ilustre riojano. Creyendo Justiniani, el Card. Protector, que la seguridad de pervivencia de la area humanitaria de S. J. de Calasanz sería total si se agregaba a una Congregación Religiosa, dió el fatal paso por el cual quedó realizada la unión de las Escuelas Pías con la Congregación Luquesa de la M. de Dios, fundada hacía algún tiempo, por San Juan Leonardi. Los fines que a los PP. de la Luquesa guiaban no eran precisamente de apostolado pedagógico y llevaron por lo mismo a la zozobra la institución de la enseñanza popular gratuita creada por el ilustre aragonés. Con esto «se resintieron en gran manera las escuelas, que habían llegado a contar mil quinientos discípulos. Los pudientes y los nobles retiraron de ellas a sus hijos, por miedo a que los manchase el contacto de los pobres de Jesucristo (sólo se podían admitir niños con certificado de pobreza, según la nueva ordenación de cosas), y los compañeros del Santo cumplían de mala gana su enojosa tarea, suspirando por la ocupación más ligera y tranquila del púlpito y confesionario».

¿Qué hace entonces José? Sigamos copiando al P. Canata.

«Pensativo José ante tan terrible golpe, fué a desahogar su corazón con su Director, el P. Juan de Jesús y María, Carmelita Descalzo, el cual, así quedó enterado, «P. José mío, le dijo, P. José mío, convénzase de una vez: «Tibi derelictus est pauper».

¿Cuál fué la eficacia de esta sentencia del P. Juan, el Calagurritano? Nos lo dice también el mismo historiador. «El peso de estas palabras pareció que le quitaba a José otro del corazón, y así, tomando alas su humildad, pidió y obtuvo la separación de ambas Congregaciones, quedando de este modo inutilizada la Bula de agregación, y eliminada toda cláusula importuna y restrictiva de la enseñanza». Y añadimos nosotros como corolario. Y quedó definitivamente fundada la Escuela Pía por el tesón de un aragonés, Calasanz, y por el sabio consejo de un riojano, el ilustre Carmelita V. P. Juan de Jesús y María.

Ya no extrañarán, pues, otras influencias de menor cuantía, que pasaremos por alto en obsequio a la brevedad. Mas quede consignado aquí que el riojano que nos ocupa despertó sin duda en Calasanz sus mismas ansias misioneras, cuya realización, sin embargo, no habían de tener pleno cumplimiento hasta que su Corporación, tan riojana en su origen, estuviera bien fincada en el corazón de la Rioja, en Albelda.

Mas es hora ya de que, dejando influencias directamente personales, analicemos otro aspecto de las relaciones de la Escuela Pía y la Rioja.

Quintilianismo de la pedagogía calasancia

Calasanz y su obra la Escuela Pía son además tributarias de la Rioja en la persona de M. F. Quintiliano que inmortalizó su nombre con la obra sin par de sus *Instituciones Oratorias*.

En efecto: descubierto el texto completo de la misma por Poggio en los albores del siglo XV, se multiplicaban sus ediciones con éxito creciente y el afán de conocer la doctrina del primer maestro oficial de Retórica del Imperio Romano impulsaba al ingenio de diversos traductores a verter en lenguas romances de los más diversos países, las ideas del retórico calagurritano.

Profundo conocedor de las mismas, que cursó en las aulas de la Universidad Complutense, fué sin duda José de Calasanz; tan leídas y releídas parece haberlas tenido que su ideología pedagógica estaba impregnada de la mentalidad del retórico calagurritano, que legó a la posteridad no una mera obra literaria, «sino un tratado pedagógico que guía al orador todo el curso de su vida, desde la cuna al sepulcro, constituyéndose por ello su autor no sólo en pedagogo, sí que también en príncipe de los pedagogos de la Roma de la decadencia».

Sus enseñanzas fueron luz para Calasanz al organizar y estructurar la enseñanza popular. De Quintiliano se aprovechó ampliamente, como más adelante veremos; los PP. Escolapios, sus continuadores, imitaron posteriormente su ejemplo. En efecto : « Con verdadera pasión estudiaron éstos los preceptistas todos de la antigüedad y cuanto en ellos había de bueno, se redujo a la práctica en sus escuelas. Disputábanse entonces (siglos XVII y XVIII) el dominio en el campo pedagógico las teorías de Plutarco y Quintiliano. Por regla general era preferido Plutarco, no tanto por su doctrina (pedagógica) cuanto como modelo para los jóvenes, y sobre la base de los personajes, cuyas vidas escribe, se procuraba formar los corazones de los educandos en la mayor parte de las escuelas ».

« Los escolapios, sin embargo, dieron la preferencia a Quintiliano admitiendo y reduciendo a la práctica las teorías pedagógicas del retórico español como lo había hecho en su tiempo S. Jerónimo ». Así escribe el sabio P. Lasalde en la *Historia Literaria y Biográfica de las Escuelas Pías de España* (cap. IX, pág. 43). « Con este proceder—añade—sacaron una incalculable ventaja a todos sus contrarios, pues los personajes de Plutarco, gentiles todos y juzgados por un gentil ¿qué de bueno podrían ofrecer a la imitación de los jóvenes? Quintiliano era también gentil; pero en su tiempo se respiraba ya la atmósfera cristiana ».

Quizás sea verdad—interrumpamos la cita—que a Quintiliano no fuera muy simpática la nueva religión de Cristo. No falta quien suponga que a los cristianos se refiere en el proemio de las *Instituciones* cuando lisonjeando al Emperador Domiciano, cuyos sobrinos educaba y autor del edicto que desterró de Roma a todos los filósofos, escribe. « En nuestros días, bajo la capa de sabios, se encubrieron vicios en la mayor parte de los profesores porque no procuraban ser tenidos por filósofos por las virtudes y letras, sino que con el velo de un semblante tétrico y vestidos diferentes de los demás encubrieron sus costumbres muy estragadas ».

Mas, aunque esto fuera verdad, quizás no sea menos cierto que tampoco él pudo escapar a las influencias del ambiente cristiano que ya era general en Roma por aquellas fechas. Esto nos explicaría la gravedad de la persona de Quintiliano, su natural dulce y humano, sus sentimientos delicados y su repugnancia por las críticas; y, cuando no, sus preceptos, su doctrina, son naturalmente « cristianos », proclamaremos con

Tertuliano por ser verdaderamente humano, ya que está cuajado en una escrupulosa y bien dirigida experiencia. Con razón ha escrito Menéndez y Pelayo : « Ante todo, Quintiliano tiene tanto de moralista como de maestro; y uno de los rasgos más simpáticos de su fisonomía es la nobleza y majestad del sentido ético, que por todas partes penetra su crítica ». Pues creencia firme que en todo momento le acompaña es « que la consideración del elemento ético no deba apartarse un punto de los ojos de quien trata de dar lecciones al orador ».

Mira Quintiliano la oratoria « como servidora de la verdad y de la justicia, afirmando desde las primeras páginas de su libro que la condición de orador perfecto queda inseparable de la de hombre de bien y que no sólo debía exigirse al orador la facultad de hablar, sino todas las virtudes intelectuales y morales ».

Mas esto es poco, los escritos de Quintiliano resultan ser, a juicio de algún docto pedagogo « el método de estudios más completo que pueden desear los que se ocupan en enseñar a la juventud; y aún me atrevo a decir que encierra las máximas de la más cristiana educación de la primera edad ».

No es, pues, extraño que siendo tan dignos y elevados los ideales propugnados por el retórico de Calahorra, fijaran en él la vista tan fijamente los educadores escolapios. Ni es tampoco de admirar que al tiempo que cosechaban óptimos frutos en el campo de la educación, siguiendo tal método, los obtuvieran igualmente en el palenque literario donde resulta ser más fácil e inmediata su comprobación. Oigamos al P. Lasalde sobre el particular. « La prueba de lo que ganaron los escolapios con la doctrina de Quintiliano está en el justo crédito que adquirieron sus escuelas; crédito no pasajero, sino que duró muchos años sostenido por los palpables adelantos de los alumnos. Célebre es en los fastos de la historia pedagógica de la Orden la Academia Gramático - Poético-Oratoria, ejercicio público de retórica en el que actuaron once alumnos y que se celebró en mayo de 1751. « Hoy costaría trabajo creer el examen que hicieron aquellos alumnos si no costara impreso. Los jueces del examen eran las autoridades eclesiásticas y civiles del valle de Carriedo, que tenían permiso para preguntar a su antojo ». El material estaba constituido por la *Historia de Alejandro* de Quinto Curcio, unos trece discursos ciceronianos, otros de Moreto y de Polite, los cinco libros *De tristibus*, la *Eneida* entera, exceptuado el libro IV, Horacio con sus odas, Marcial

con sus Epigramas. «Debían explicar en castellano los argumentos de lo que tradujeran, examinar las etimología y régimen de cada una de las partes de la oración, descifrar lugares comunes, tanto intrínsecos como extrínsecos, trozos, períodos, figuras, y cuanto ocurriera de las cinco partes de la Retórica, confirmándolo con ejemplo de autores latinos y españoles, haciendo narración especial de las historias que ocurrieran con las noticias necesarias de dioses, sacrificios, ritos y demás, cuyo conocimiento es necesario para una correcta intelección. ¿Qué bachiller soportaría hoy con éxito un tal examen? Consta que uno de los once que desafiaban aparatosamente al selecto público sólo llevaba 16 meses en el estudio del latín».

En otras partes, por ejemplo en Zaragoza, el público tenía facultad para mandar traducir en el libro que quisiera.

Mas he ahí una nueva influencia del retórico Quintiliano que consigna en estos términos el citado P. Lasalde: «Llamaba sobremanera la atención de las gentes que tales progresos se hacía sin que los Maestros maltratasen a los alumnos, precisamente en una época en que los azotes eran la suprema razón de los maestros, dándose por muy fatisfechos los padres cuando a sus hijos les calentaban bien el cuerpo, agradeciendo y bendiciendo por ello al maestro, como hacían con el ciego los que presenciaban el vapuleo del *Lazarillo de Tormes*.

Quizás la base remota del sistema de emulación empleado en las aulas calasancias debiera fundamentarse también en la doctrina de Quintiliano y en la experiencia personal del mismo en los días de su infancia, tal como en las mismas *Instituciones* dejó consignado. Mas no vamos a entrar en pormenores; nos los ahorra algo que después diremos. Observemos tan sólo que era tal la fuerza y peso de la doctrina pedagógica de Quintiliano en la tarea docente calasancia, que el mismo P. Lasalde se siente en la necesidad de advertir que «aunque siguieran los escolapios las teorías de Quintiliano han de suponer los lectores que no lo hicieron tan ciegamente que rechazaran toda otra enseñanza».

Era, pues, grande la deuda de gratitud que tenía contraída la Orden con el autor de tan sabias orientaciones en el campo escolar y pedagógico. Llegó también la hora de la glorificación del mismo. Monumento de gratitud eterna de las Escuelas Pías al gran mentor Quintiliano es la traducción que de su obra hicieron al finalizar el siglo XVIII dos ilustres escolapios que no podían menos de condolerse «con todos los sabios, de

que habiendo tenido nuestra nación la gloria, que nos envidien otras, de haber sido este español, el primero que a expensas del erario enseñó en Roma la elocuencia y después a los sobrinos de un Emperador, haya sido más conocido y apreciado de los extraños que de los nuestros ».

« Así es — añaden en el prólogo — que habiéndose hecho traducción de él en varias lenguas, sola su patria (y con bastante sentimiento de los amantes de las letras), por no sé qué mala estrella ha carecido de este bien; sin atrevernos a determinar el motivo de esta omisión; cuando apenas hay autor griego o latino que no haya merecido esta honra, no un sino en repetidas traducciones ». Nada digamos, por no alargar excesivamente el presente trabajo, de esta versión ni de sus autores PP. Pedro Sandier e Ignacio Rodríguez. Pasemos, en cambio, a dar a conocer por primera vez al público riojano una nueva muestra del interés de los Escolapios por la obra genial de M. F. Quintiliano. Se trata de una obra inédita que se guarda en la Biblioteca del Real Colegio de S. Antón de Madrid, de los PP. Escolapios. La he tenido no hace mucho en mis manos. Se titula: *Doctrina pedagógica de Marco Fabio Quintiliano y sus relaciones con la Pedagogía Calasancia*. Homenaje a S. José de Calasanz en el trigésimo aniversario de su muerte, por el R. P. Juan Mármol Garvín, sacerdote del Real Colegio de las Escuelas Pías de San Antonio Abad, de Madrid. Año 1947 ».

He ahí un título suficientemente elocuente; muy de lamentar es que la muerte nos haya arrebatado ya al autor y que las circunstancias no hayan permitido llevar el escrito a la imprenta. Pues al par que redundaría en gloria para el fundador de la Orden Calasancia, se reflejaría ella esplendorosa a su vez sobre el ilustre riojano de la «Calagurris Nasica».

El P. Mármol expone con toda sencillez en su Introducción cuál era el anhelo que le guiaba: «He anotado—dice—cuanto, según mi humilde entender, merecía la pena, y con el fin de darle unidad, pues Quintiliano no se propuso precisamente escribir de pedagogía, sino de formar desde sus primeros años al orador más acabado y perfecto, he ido enlazando sus ideas, siguiendo el orden lógico que pide la edad del niño: citando textualmente y en su propia lengua sus palabras, cuando lo he creído oportuno; otras, resumiendo su doctrina sobre un punto, pero anotando de donde están tomadas; añadiendo a veces ligeros comentarios, y agregando otras las normas que so-

bre la materia da S. José de Calasanz en sus escritos».

Ocupa este trabajo un total de 246 cuartillas manuscritas. Son un magnífico ramillete de los «principales preceptos pedagógicos del esclarecido preceptista calagurritano», que parecen fragrantas rosas, cuyo colorido se abrillanta con los esplendores de sobrenaturalidad de que los revisió, merced a su espíritu profundamente religioso, el ínclito fundador de las Escuelas Pías.

Divídese el trabajo en tres partes; la primera hace un estudio detenido de M. F. Quintiliano : analiza su vida, su labor literaria y su fama como pedagogo (tres capítulos). La segunda contiene la que llama el autor «pedagogía doméstica», cuyo desarrollo necesita trece capítulos con el subítulo de «el niño en sus primeros años». Por fin llega la tercera y última parte consagrada a la «pedagogía escolar», con una extensión de 19 capítulos. He ahí sus epígrafes :

El preceptor — Es preferible la enseñanza colectiva a la individual — Castigos — El Maestro — El alumno — Desde el principio y aun para la enseñanza de los rudimientos se ha de escoger el mejor Maestro — Señales para conocer el talento — Desde la más tierna edad el niño debe ya aprender algunas cosas — Los niños pueden aprender muchas cosas al mismo tiempo; hechos comprobatorios — El juego : su valor pedagógico — Jardines de la Infancia (según el P. Mármol, Quintiliano los presintió y vislumbró) — La materia de enseñanza (siete capítulos)».

Con esto llega al final de su labor analizadora y cierra el libro con el capítulo XX, que es un himno triunfal. Este es su guión : S. José de Calasanz comunica el espíritu de Cristo a la pedagogía de Quintiliano y levanta la Escuela-Templo y en ella la educación popular, gratuita, cristiana para todos los niños, especialmente pobres. La educación, según Quintiliano, debe ser integral, armónica, intuitiva y cíclica.— Piedad y Letras — Anhelos y esperanza ».

No conozco obra alguna en que se analice tan por menudo el pensamiento pedagógico de Quintiliano, ni se pongan tan a las claras las relaciones de la pedagogía calasanciana con la del retórico calagurritano. Muy sensible es el destino de esta obrita.

Mas sea esta sencilla mención en las páginas de esta revista de Estudios Riojanos, al tiempo que un desagravio al autor, una prueba fehaciente de esas relaciones que ligan en íntimo

maridaje la obra de José de Calasanz, con las *Instituciones Oratorias*, obra monumental del ilustre retórico de Calahorra, M. F. Quintiliano.

Penetración vital en nuestros días

Larga es la serie de hijos de la Rioja que han vestido y vistien el hábito calasancio. No es mi propósito hacer su catálogo. Me bastará consignar el hecho de que sólo un pueblo de la Rioja cuenta hoy en día con trece escolapios que nacieron en él y le llaman «su» pueblo : Cornago.

La Escuela Pía a su vez ha dado a la Rioja uno de sus buenos Colegios, Logroño, y en el corazón de la Rioja ha levantado la Casa de formación intelectual y religiosa de sus teólogos : Albelda.

El Colegio de Logroño celebró el pasado año sus bodas de plata con la Rioja; conocido es su historial, y sus méritos están en la conciencia de la generación presente que se ha formado en sus aulas bajo el lema de «Piedad y Letras». Hoy, en cambio, celebra el vigésimo quinto aniversario de su fusión con la Rioja la Casa Central de Estudios de las Escuelas Pías de España, situada en Albelda. Cosa curiosa y que debo consignar aquí para gloria de esta bendita tierra de María de Valvanera. Es la primera vez que la Escuela Pía Española en su historia casi trisecular puede celebrar unas bodas de plata de su Casa Central de Teólogos. Saben bien todos los Escolapios que siempre fracasaron los intentos anteriores de realizar tan bello ideal. León, Cardeña, Tarrasa y los Junioratos provinciales son jalones de estos afanes a través de la historia de las Escuelas Pías de España. La casa para nuestros teólogos sólo ha logrado pervivencia con carácter nacional en la Rioja. ¿Mero acaso? ¿Especial disposición de la Providencia? ¿Particular bendición de Calasanz a la región a la que tan vinculada está su Obra? No hace mucho que en visita particular, el Ministro del Aire, Excmo. Sr. Don Eduardo González Gallarza, me aseguraba, al hablar de estas bodas de plata : «Convénzase, P. Rector, no podían Vds. escoger mejor sitio para su teologado que la Rioja». La verdad es, y él lo ignoraba, que los Superiores Mayores desde 1926 a 1928 anduvieron deliberando sobre el lugar de fundación de dicho teologado. Albelda de Iregua fué, por fin, preferida a los Colegios de Celanova, Yecla, al palacio de Liria, a la misma cuna del Santo Calasanz, Peralta de la Sal, y a la céntrica finca de Cascajo en Zaragoza.

En efecto, el nueve de enero de 1928 se firmaba en Logroño la escritura de compraventa de la finca llamada «Las Viñuelas», propiedad de D. Rufino González Benito, en la margen izquierda del Iregua, pobladísima de chopos, donde en pequeños claros, se hallaban agrupadas por parejas la «casona» o «casa del millonario» con sus leyendas populares y la capilla de Ntra. Sra. de la Soledad, el «molinacho» y lo que es hoy Vaquería.

El R. P. Luciano Moreno de la Virgen del Carmen, de la Provincia escolapia de Castilla, fué el primer Rector de la pequeña Comunidad compuesta de cuatro sacerdotes y media docena de jóvenes escolapios estudiantes de Teología que se albergaron de momento en la «casona».

La fecha oficial de la fundación queda consignada en el libro de Crónica de la Casa en una página que descubre temblores de emoción en la mano que la trazó, que no era otra que la del primer Maestro de Juniores de la casa, el ya difunto M. R. P. Angel Aznar, aragonés, testigo presencial.

No puedo menos de transcribirla.

«Día 16 de septiembre de 1928. Merecería consignarse con letras de oro en esta historia y en la de este pueblo; se llevó a cabo la esperada inauguración de las Escuelas Pías en Albelda, celebrando, al efecto, una fiesta solemnísimas y emocionante. Con motivo de trasladar el Símbo. desde la Parroquia a nuestra capilla, se tuvo allí misa cantada por el coro de Juniores; eran 37, oficiando los PP. Rector, Leonardo y Angel, asistiendo de capas de honor don Angel A. Fernández y el Coadjutor; de Maestro de ceremonias el señor Párroco, y de acólitos y turiferarios los mismos jóvenes. El P. José Soler fué el encargado del sermón de circunstancias, estando realmente acertadísimo al hablar del fin de la Escuela Pía y del interés que ésta ha desplegado en la fundación de esta Casa-Juniorato, del honor que de ella resulta a la villa de Albelda y del fruto que está llamada a producir. Durante los 30 minutos que duró su notable discurso, logró conmover al numeroso público, que llenaba el templo, hasta llegar a arrancar lágrimas de emoción a muchos de los circunstantes, entre otros al que esto escribe, terminando con una fervorosa súplica en que imploraba copiosas bendiciones para las autoridades eclesiástica, civil y judicial, para los Superiores y Profesores de la Orden Calasancia y particularmente para los Juniores, que van a ser los primeros en cosechar los frutos de la educación religiosa e intelectual que la Escuela Pía les prepara en «Las Viñuelas». A todos los vecinos de Albelda

que asistieron a la misa y luego a la procesión (dijeron que había personas que hacía más de 20 años que no visitaban la iglesia), se les veía profundamente admirados y satisfechos; obedeciendo a una indicación del señor Alcalde, que publicó con este objeto un bando la tarde anterior; engalanaron los balcones y ventanas de las casas por donde había de pasar la procesión y nos acompañaron hasta terminar la fiesta muy cerca de mil personas, a juzgar por el número de estampas que se repartieron entre los que pasaron a adorar la reliquia de Nuestro Santo Padre.

Durante el trayecto, los jóvenes, revestidos con sobrepelliz, iban cantando hermosos motetes al Sacramento; el párroco don Sabas llevaba el copón, yendo de dalmáticas los PP. Leonardo y Angel; el palio era llevado por los concejales del Ayuntamiento; la presidencia la formaba el P. Rector con el P. Soler y Santiago; una gran parte de hombres iban con cirios y, al llegar a nuestra finca, entre el voltear de las campanas de la parroquia y de nuestra capilla se desbordó el entusiasmo, viendo el aspecto que ofrecía con sus limpios y bien arreglados caminos, la luz eléctrica encendida, tres hermosos arcos de triunfo, el primero a la entrada con los escudos de la Escuela Pía en el centro, del Ayuntamiento y la Parroquia a los lados; el segundo en la desviación del camino, con el anagrama de María sobre fondo plateado y coronado con dos banderas, rojo y gualda la de un extremo, azul y blanca en el otro; y el tercero, que era el más artístico, dedicado al Sacramento con la inscripción «Permaneced, Señor, con nosotros». Llamó asimismo poderosamente la atención el adorno del altar de la capilla, en cuya hornacina central se había colocado la única estatua que la Comunidad posee, la de S. José de Calasanz cercada de flores, guirnaldas y luces eléctricas. Se rezó la estación desde la puerta de entrada; el P. Maestro leyó un acto de consagración «ad hoc»; el señor Párroco dirigió breves y sentidas frases de acción de gracias a todos, y singularmente a los PP. Escolapios, y a continuación dió la bendición con el Santísimo, terminando con la adoración de la reliquia de Nuestro Santo Padre a la 1'30 de la tarde, después de más de tres horas de fiesta religiosa, durante las que nadie manifestó cansancio ».

El 25 de diciembre era colocada solemnemente la primera piedra del edificio que debía tener capacidad holgada para 200 teólogos, con amplias salas, capillas, teatro, museos, bibliotecas, etc. La Navidad siguiente podían ser ocupadas ya algunas

dependencias provisionalmente mientras se llevaba a término el resto de las obras.

Veinticinco años han transcurrido, veinticinco años pleróricos de vida religiosa e intelectual sólo interrumpida por el glorioso Movimiento Nacional que desplazó a los estudiantes teólogos a los frentes de batalla para que fueran luz y ejemplo, sal de incorrupción y levadura de apostólicas hazañas. Así se ha escrito de uno de ellos, que acabó sus días en olor de santidad en un hospital de Zaragoza: «Había entendido su vocación como hecha a la santidad y en su interior cultivaba un tesoro de vida. Todo entero se volcó en las trincheras del año 36. Vivió como el mejor soldado y el mejor amigo de todos ellos. Fundó Centros de Vanguardia Jacistas y fué heraldo de María en las líneas avanzadas. Desde allí soñó con los chicos a los que esperaba dar su vida entera. Y se dió antes de lo que pudo pensar. Con su juventud intacta le quiso Dios suyo para siempre. Nosotros a Dios pedimos su exaltación para que los hombres vean sus buenas obras y glorifiquen a El que está en los cielos». Era el aragonés Juan José Sahún Casafranca.

Mientras, en la retaguardia roja caían mártires de Dios y de España doce antiguos alumnos de este Seminario cuyos nombres consigno a renglón seguido para eterna memoria: conste que van capitaneados por el que fué primer Rector de esta Casa, el R. P. Luciano Moreno, vilmente asesinado por las hordas rojas en Barcelona. Son los siguientes:

Padres y clérigos mártires de nuestra Cruzada

- R. P. Luciano Moreno, Rector.
- R. P. José Olalla.
- R. P. Julián Pascual.
- R. P. Salvador Vilá.
- R. P. Eustaquio Aquilaniedo.
- R. P. Antonio Ortiz.
- R. P. Raimundo García.
- R. P. Juan José Ejarque.
- R. P. Eliseo González.
- R. P. José M.^a Rodríguez.
- R. P. Pedro Bueno.
- R. P. Matías Cardona (está introducida su causa de beatificación).
- R. P. José Padrés.

El Seminario albeldense, al quedar vacío, habilitóse provisionalmente para almacén de Artillería y luego instalaba en él su Seminario Menor el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis D. Fidel García.

Con la paz volvieron a animar los claustros albeldenses nuevas promociones calasancias, más nutridas que las anteriores, quedando al fin destinado dicho Seminario Escolapio al albergue de los estudiantes de Teología.

Difícil dar una idea de la labor intelectual y religiosa en él desarrollada. De esta última sólo el Altísimo es juez competente, y nada diré aunque bien pudiera, pues andan publicados sobre dos de sus estudiantes sendos folletos exponiendo sus ejemplares vidas rezumantes de angélica castidad, y de algunos de sus exalumnos mártires está introducida la causa en Roma; tal es el caso del P. Matías Cardona.

De la vida intelectual son datos elocuentes los siguientes : Albelda ha sido cantera para la Escuela Pía de España, de donde ha sacado numerosos Licenciados y Doctores en Sgda. Teología diplomados en Salamanca o en la Gregoriana, muchísimos de sus exalumnos son hoy Licenciados y Doctores por diversas Universidades españolas y americanas o bien ostentan el título de Maestros o han alcanzado merecida fama de oradores, literatos o poetas, de los que es buen representante el R. P. Ramón M.^a Castellfort, premio Piquer de Literatura, que es, según la crítica, el mejor poeta místico de nuestros días. Es proverbial la seriedad de los estudios de la Casa de formación de Albelda. Mas no se olvida por ello la cultura física y el deporte como acreditan sus dos campos de fútbol y baloncesto y sus cuatro frontones para el tan higiénico deporte de la Rioja. No menos se atienden las exigencias de la vida artística que reviste múltiples y polifacéticas manifestaciones. En fin, por decirlo en una palabra, la Escuela Pía tiene establecido en la Rioja su centro principal para la formación de sus miembros. Albelda es el semillero, de donde se trasplantan las juventudes calasancias, no sólo a los diversos colegios de España, sino también a los de América desde Estados Unidos, a Chile y Argentina, y de Albelda salen los guerrilleros de primera línea para las misiones del Extremo Oriente (Japón). Y el nombre de Albelda y el de la Rioja, esculpido en el corazón de tanta juventud, es repetido a diario por doquier con acentos de nostalgia, por algo que se vivió que ya no se tiene y que por lo mismo se cree que se soñó tan sólo.

Y hoy, al celebrarse las bodas de plata de este Seminario escolapio calasancio, la Escuela Pía y la Rioja se sienten conscientes de esa relaciones, de esos lazos que casi insensiblemente les había unido hasta el presente, y hoy con plenitud de conciencia, truecan libremente en unión íntima, cuya fecundidad no habrá de hacerse esperar. Esto significará la presencia en Albelda de las primeras Autoridades de la Provincia y de la ciudad de Logroño, junto con la de los hijos más ilustres de la Rioja, los dignísimos preladados de Jaca y Burgo de Osma, y si sus obligaciones se lo permiten el Director General de Prisiones y el Ministro del Aire, Excmo. Sr. D. Eduardo González Gallarza, coreados por tantos amigos, bienhechores y simpatizantes, de la que es pródiga la fértil tierra riojana.

BIBLIOGRAFÍA

- Biografía Crítica de S. José de Calasanz*, por Calasanz, Bau, Madrid, 1949.
Crónica, del Archivo de las Escuelas Pías de Albelda, ms.
Educador Católico, por P. Atanasio Canata, Barna, 3.^a edición, 1943.
Instituciones Oratorias, de Quintiliano, traducción española.
Manuscrito del R. P. Juan Mármol, de la Biblioteca del Real Colegio de las Escuelas Pías de S. Antonio Abad, de Madrid, ms.
V. P. Fr. Juan de Jesús y María, por P. Florencio, Burgos, 1919.
Vida de S. José de Calasanz, por Timon David, Zaragoza, 1905.